

## 6. EL PROFESOR (Jaime Ortiz)

El profesor abrió la puerta y entró con un mapamundi bajo el brazo. Ninguno de nosotros le conocía, sólo sabíamos lo que se rumoreaba de él: que había llegado en barco desde América y que tenía acento del norte. La señora de la limpieza le había dicho al conserje que el susodicho era un rojo, que le habían dado la plaza porque su hermano combatió con Franco en África y que no parecía un buen cristiano.

Nos pusimos todos en pie a la vez, como resortes, lo cual no sucedía ni cuando venía el cura de Religión; sesenta y cuatro ojos puestos en el misterioso profesor. Ni siquiera dijo buenos días. Hizo un ademán para que nos sentáramos, abrió el mapamundi y lo extendió en la pizarra.

—Hay lugares de los mapas que provocan de inmediato el deseo de ir y ver cómo es aquello. Son esos lugares donde hay dibujadas más líneas de coordenadas que carreteras, donde la presencia humana se reduce al nombre de un pueblo remoto y pone de manifiesto algo que desde una ciudad no se ve: el hombre es sólo una molesta sanguijuela para el planeta Tierra. Desiertos, selvas, glaciares, tundras, sabanas..., traen un olor diferente al caminante, el olor de la Tierra, porque en esos lugares es donde mejor se aprecia que el hombre está de paso. La evidencia de estar expuesto, y en desventaja, se torna obvia; la energía es tan intensa que una alfombra de asfalto, tres restaurantes y un par de pueblos de doscientas almas no pueden contaminarla ni menguarla. El hombre es un huésped del planeta, nada más; acaso, un huésped desagradecido. Sin embargo, aquí, la ciudad crea la apariencia del hombre eterno; cuatro paredes que frenan el viento y el frío, un grifo que calma la sed y una despensa con comida crean el espejismo de la seguridad y la eternidad. El hombre olvida que está de paso. Que está de paso por la vida, y la vida está de paso por él. Convencido tanto de su existencia eterna como de estar a salvo, deja la belleza y los sueños para el mañana, ese inalcanzable adverbio de tiempo.

El profesor hizo una pausa y se acercó a Augusto, el Raspi, que estaba en primera fila. Aunque hablaba para toda la clase, se dirigió a él y bajó la voz. Sentí mis orejas agudizarse.

—No pases de largo —susurró—, ni dejes que pase de largo la vida. Tampoco el mundo, no pases por el mundo asomado a una ventana. Llega adonde no hay ciudades y despierta tu instinto, contempla un horizonte infinito, una bóveda de estrellas, báñate en un río helado, sube una montaña y descubre águilas que vuelan debajo de ti, pierde tus pasos en bosques donde los pájaros se puedan escuchar a kilómetros de distancia, respira ese aire para encontrar una sensación dentro de ti que no sabías que existía... Estás de paso. Estás de paso por la belleza, y la belleza está de paso por ti. No pases de largo, no la dejes pasar de largo...

Volvió a alzar la voz y señaló una fotografía de la Alhambra:

—Los hombres conservan ruinas del pasado: griegas, fenicias, romanas, árabes..., todas ocultan el tránsito de la vida bajo un disfraz de eternidad. Empero, la selva sepulta el ayer con raíces y lianas, el desierto borra con suavidad las huellas en la arena, demostrando que la vida es el presente. No caigáis en el engaño de la ciudad: no hay futuro ni hay pasado. No estaréis, no estuvisteis. Igual que un muerto ya no está entre los vivos, igual que vuestros

hijos no han nacido aún, igual que el hombre en el planeta: ni estuvo antes, ni estará después.

El profesor caminó entre los pupitres tocando con sus dedos una mesa tras otra.

—Estás de paso, estás de paso, estás de paso, estás de paso..., y pasaréis de largo.

Viviréis en la ciudad con el alma dormida. De la misma manera que la línea del horizonte mantiene caminando al viajero, a vosotros la promesa frágil del mañana os mantendrá dentro de vuestra jaula dorada, aferrados a los barrotes de su puerta. Una jaula que está abierta. Y no la abriréis, no saldréis. Porque tendréis miedo a lo desconocido.

Llegó hasta el final del aula e hizo una pausa. Todos teníamos las cabezas giradas sin saber qué decir, sin tomar apuntes, sólo escuchábamos su apasionado discurso. El profesor reemprendió su paseo entre los pupitres.

—En los desiertos no hay agua, dicen, en los bosques el hombre está a merced de osos y lobos, en las selvas hay malaria, en los mares hay monstruos marinos...; y el miedo consigue que tú, jovencito, entres en tu jaula y tú mismo cierres la puerta. Estás seguro, sigues vivo. Pero, en verdad, aparentemente seguro, aparentemente vivo. Miedo y garantías de futuro... Sabed que el discurso de la ciudad no es nuevo, viene de lejos: la tribu del fuego nos quemará, los egipcios nos harán esclavos, los turcos invadirán Europa, los comunistas nos llevarán al caos... —y señaló con un guiño el retrato del Generalísimo—. El miedo, el miedo. Miedo y mentiras, miedo y mitos, miedo y salvación, miedo y listos, listos y cuentos. Los listos, los más listos, inventan los cuentos. Ten miedo de lo que no conoces, yo te cuento cómo es; ten miedo y yo te protegeré. Tú amarás la jaula que te protege. Para siempre. La promesa de la eternidad y los cuentos para no dormir...

El profesor calló de nuevo por un momento y, de repente, gritó con los brazos levantados, sorprendiendo a toda la clase. Mi corazón empezó a palpar acelerado.

—¡Despertad! ¡Abrid los ojos de una vez! No hay infierno, no hay enemigo, no hay odio, no hay peligros, no hay pecado..., no hay mañana. Todo está creado en torno a vuestro miedo, y nada existe fuera de él.

Volvió a dirigirse al pobre Raspi, le tomó del brazo para ponerlo en pie, y caminó con él por la clase, gesticulando como si caminara por el mundo.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Augusto, profesor —contestó el Raspi, mirándolo con los ojos abiertos de par en par; estaba hipnotizado, al igual que nosotros.

—Bien, Augusto, escucha con atención. Despierta, sal de la jaula, quítate la corbata y mancha tus manos de barro. Corre en un bosque, bebe agua del río, párate, mira ahí: dos colibríes flotando en el aire; hermosos, ¿verdad? Sigue, corre, huye, llega al desierto, entierra tus zapatos y siente la arena entre tus dedos, acaricia la arista virgen de una duna. Suda, siente calor, siente frío, siente el viento. ¡Siente! ¡Vive! Escala una montaña, cruza a otro continente, toca una piel negra; ¿ves?, es como la tuya, quizás más suave. Siéntate a comer en el suelo con un árabe, riéte con un chino al que no entiendes nada, mira a un oso a los ojos, míralo, míralo de frente y verás con claridad de una vez por todas, verás que no quiere matarte. Que no hay nada de lo que tener miedo. Estás de paso por el mundo, por la vida, no pases de largo. El único mañana que existe es tu muerte, y, además, eso puede ser hoy.

Nunca volvimos a tener clase con ese profesor. Osorio, el hijo de la señora de la limpieza, dijo que el director le despidió por comunista, aunque el de Gimnasia nos contó que lo vio salir del instituto con el aspecto de quien no pensaba volver más. El viernes ya teníamos otro profesor de Historia, y todo volvió a la normalidad. Quizás vino para decirnos eso y nada más.

(Capítulo de la novela El Círculo de las Artes Efímeras, de Salva Rodríguez)

[www.unviajedecuento.weebly.com](http://www.unviajedecuento.weebly.com)

FB: El Círculo de las Artes Efímeras